

J. D. M.

Homenaje a la memoria de JOHN F. KENNEDY

Sesión Extraordinaria realizada el día 25 de Noviembre de 1963

JUNTA DEPARTAMENTAL
MONTEVIDEO
1970



J. D. M.

Homenaje a la memoria de JOHN F. KENNEDY

Sesión Extraordinaria
realizada el día 25
de Noviembre de 1963

JUNTA DEPARTAMENTAL
MONTEVIDEO
1970

JUNTA DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO

Sr. Luis E. MACHADO — Presidente
Sr. Ricardo LOMBARDO — 1er. Vice presidente
Sr. Juan SCORDAMAGLIA — 2do. Vice presidente

EDILES

ABELLA, Dr. Héctor L.
ALONSO, Nelson
AREVALO de ROCHE, Julia
ARNABAL DAGNINO, Arturo
BADO, Dr. Washington
BAROZZI, Eduardo
BARRETO, Heráclito
BASSO de NIETO, María T.
BRUERA, Leopoldo
CALABRESE, Alcides
CARLOTA BOSCH, Jorge
CASELLA, Cr. Francisco
CASSINA, Dr. Carlos
CASTRO, Carlos
CONTRERAS, Francisco
CHERIDIAN, Pablo
CHIOSSONI, David
DEVITA, Agr. Alfonso
DIAZ, Roberto
FARACO, Norberto
FERNANDEZ, Pedro
FERREIRA, Jacinto
FIGOLI ZABALETA, Juan
FILIPPINI PERRONE, Mario
FRASCHINI, Dr. Carlos
GADEA GUERRERO, Hermes
GALVAN, Juan C.
GARRIDO, Evaristo
GERSCHUNI PEREZ, Jaime
GILMET, José O.
GONZALEZ DIAGO, Octavio
GUEDES, Edegar
IRIBERRY (h.), Graciano
LAVIÑA, Dr. Félix
LOPEZ, Fernando A.
LOPEZ FERNANDEZ, Dr. Carlos
LORDA, Carlos
LOUBEJAC, Dr. Armando
MARTINEZ LOMBARDI, Hugo
MIGUEZ, Alfredo
MOLINARI, Luis
MOREIRA PARSONS, Dr. Julio C.
MORO, Pedro
ORZUJ, Daniel
OTTATI JORGE, Ruben
PECOY, Nicolás
PEREIRA FLORES, Julio
PERI de BERRIEL, Margarita
PINTOS, Ruben E.
PRANZO, Juan C.
PRATO, Hugo
RINCON, Rodolfo
RIZZI, Esc. Julio César
SANTUCCI, Roque
SCANDALIARIS, Teófilo
SEBASTIANI, Neder
TRIAY ANGLADA, Julio C.
UBAL, Luis A.
VARELA RODRIGUEZ, Dr. Carlos
VILLAMONTE, Luis
VIÑA, Dr. Nelson
ZABALA, José María

Secretario General: Alfredo Lomboglia de las Carreras

Secretario: Federico L. Chater

Montevideo, 1963

ACTA Nº 1918

En Montevideo, a los veinticinco días del mes de noviembre de 1963, siendo la hora 20 y 15 minutos, celebró Sesión Extraordinaria LA JUNTA DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO, bajo la Presidencia del

Sr. LUIS E. MACHADO

Secretaría de los Sres. Alfredo Lamboglia de las Carreras, Secretario General, y Federico L. Chater, Secretario,

y con la asistencia de los Ediles, señores:

TITULARES

OTTATI JORGE, Prof. RUBEN	GUEDES, EDEGAR
PRANZO, JUAN CARLOS	LOUBEJAC, Dr. ARMANDO
LORDA, CARLOS	ABELLA, Dr. HECTOR L.
PINTOS, RUBEN E. D.	CHIOSSONI, DAVID
GALVAN, JUAN CARLOS	ITUÑO, José C.
SCANDALIARIS, TEOFILO	TRIAY ANGLADA, JULIO C.
CASTRO, CARLOS	COLMAN, GLAUCO
LAVIÑA, Dr. FELIX	CASELLA, Cr. FRANCISCO
BARRETO, HERACLITO	CARLOTTA BOSCH, JORGE
BIELLI, JUAN	BAROZZI, EDUARDO
SCORDAMAGLIA, JUAN	SEBASTIANI, NEDER
FARACO, NORBERTO	LOPEZ, FERNANDO A.
ALONSO, NELSON	CONTRERAS, FRANCISCO
DIAZ, ROBERTO	VILLAMONTE, LUIS
BADO, Dr. WASHINGTON	GONZALEZ DIAGO, OCTAVIO
CASSINA, Dr. CARLOS	RINCON, RODOLFO
IRIBERRY, GRACIANO (h)	CHERIDIAN, PABLO
LOMBARDO, RICARDO	FILIPPINI PERRONE, MARIO
MORO, PEDRO	AREVALO DE ROCHE, JULIA
ORZUJ, DANIEL	PRATO, HUGO
FRASCHINI, CARLOS	UBAL, LUIS ALBERTO
MOLINARI, LUIS	RIZZI, Esc. JULIO CESAR

S U P L E N T E S

PEREZ LOPEZ, DOMINGO	LAUZ, RAMON
BATISTA, JUPITER	GANDOLFO, OMAR
LONGO ROCCO, LUIS	ROSSO, RODOLFO
MARTINEZ DE RIVERO, BRENDA	VIERA, CARLOMAGNO
ROSSI, OSVALDO	VIERA BARRAGAN, ROBERTO
MONTIEL, ARTURO	BLANCO, RAMON
DE BRUM, JACINTO	FIRPO, LENIN
YAFFE MILLAN, JUAN	BELTRAN, FERNANDO A.
HERRERA CALO, DIONISIO	BRUNO, JORGE
VENTURIELLO, FRANCISCO	CANESSA PRANDO, Prof. ADOLFO

Con aviso, los señores Ediles: Evaristo Garrido, Dr. Carlos López Fernández, Nicolás Pecoy, Alfredo Míguez, Jacinto Ferreira, Julio Pereira Flores, Margarita Peri de Berriel y Pedro Fernández.

Con licencia, los señores Ediles: Agr. Alfonso R. Devita, Arturo Arnábal Dagnino, Dr. Julio C. Moreira Parsons, Dr. J. Nelson Viña, Juan Fígoli Zabaleta, Jaime Gerschuni Pérez y Dr. Carlos A. Varela Rodríguez.

O R D E N   D E L   D I A

HOMENAJE AL EXTINTO PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS JOHN F. KENNEDY —

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Pranzo.

Sr. PRANZO. — Señor Presidente: un día luctuoso para el mundo vivimos el día 22 de noviembre. Sentimos la necesidad de proferir un grito de angustia y así lo trasladamos a nuestros compañeros de Bancada en la esperanza de que en esta reunión de la Junta Departamental de Montevideo pudiéramos alzar nuestra voz.

Un hombre ha muerto. Balas asesinas —no importa determinar de donde, porque al fin de cuentas son enemigos de la libertad— tronchakon su vida, ¡cómo no sentirnos acongojados por esta muerte cuando debemos detenernos ante el ejemplo de una vida dedicada a tanta afirmación humana!

El mundo vive la exigencia incansable de libertad, en donde es imperativa la comunión del intelectual con el trabajador y en donde la democracia política se hace indispensable y no sólo suficiente para la democracia económica.

Afirmamos que la historia no concede privilegios, pero si se los deja conquistar. Y John Kennedy conquistó en la historia del mundo y de los hombres, el ser un paladín de las libertades y de los derechos humanos.

Ante tantos pueblos que lloran sus libertades robadas, Kennedy, se erige en líder de los luchadores por la paz, y buscó la eterna armonía en un camino hacia la luz, sosteniendo una idealidad firme y vigorosa.

Nada más preciado al hombre que el ejercicio de su vocación y cuando se conjuga en síntesis armónica la condición de hombre joven con los atributos de su espíritu, en Kennedy vive el ejemplo de una idealidad.

Muchas son las frases de sus discursos y los hechos de su vida que pueden enarbolarse como ejemplos, pero para mí, la referencia suya a quienes enfrentaba, señalan su bondad. El decía de algunos hombres que se le oponían que su carrera política era de caridad hacia nadie y malicia hacia todos.

Es necesario comprender en los tiempos modernos los intereses de los pobres, es necesario que en el mundo exista comprensión, firmeza, no para elaborar excusas, sino para trabajar para la justicia para todos.

Al Kennedy luchador de las libertades, al Kennedy luchador por la paz, al Kennedy luchador por las justicias sociales, al Kennedy defensor de los derechos humanos, tributamos nuestro homenaje.

Yo sé que él ha visto en el frente de batalla al negro erguir su cuerpo noble y ponerse de columna firme de las libertades patrias. En su lucha hemos visto que toman plena vigencia las palabras que un día en setiembre de 1959, pronunciáramos en esta Junta sobre las discriminaciones raciales. Decíamos entonces, señor Presidente: "Las epidemias comienzan siempre con unos pocos casos. En nuestra condición de hombres de la política debemos denunciar y controlar las epidemias sociales que destruyen inexorablemente nuestra sagrada condición de libertos. Las diferencias no deben verse con los ojos sino con los pensamientos. Pero esto no basta; es necesario que estos pensamientos sean educados, dirigidos, encauzados hacia ese derecho ideal que todos conocemos y que no está escrito sobre pieles más o menos pigmentadas sino que se encuentra admirablemente impreso en el tapiz de los siglos venideros".

Homenajeamos a Kennedy, luchador por la paz, porque también en nuestra patria ésa ha sido la conducta de nuestro partido.

Luchamos por la paz; por nuestra paz y por la de quienes llegan a nosotros tras la luz de una última esperanza o tras la antorcha de un primer ensueño. Luchamos, sí, para que nuestro bienestar nos defina sin ofender a quienes no participan de él.

Luchamos para mantener una mano en nuestros deberes, y otra fuera de nuestras fronteras, a la luz de la humanidad donde los hombres puedan ver bien que en ella sólo hay nobleza y sinceridad.

Luchamos porque amamos nuestra patria, porque queremos que nuestra patria pueda amarnos sin esfuerzo y con orgullo, sin vanidad y con firmeza. Luchamos por nosotros haciendo una fuerza fecunda de un territorio donde todos tengan un hogar, una mesa y un apretón fraterno en las manos y en el alma. Luchamos por los demás haciendo que ellos participen en nuestra laboriosa y tenaz lucha para conservar nuestro hogar y nuestra mesa, nuestras manos y nuestra alma dispuesta a proporcionar el calor que necesitan nuestros hermanos.

Como Kennedy queremos ser útiles a la confianza de los pueblos que esperan. Entendemos que el verdadero hombre no se ocupa sólo del hombre, se ocupa de la Humanidad.

Señor Presidente: Kennedy ha muerto, no su idealidad. Cuando el tiempo abra las tumbas a las generaciones que pasan surgirá con la grandiosidad de una estela luminosa, las luchas de los hombres responsables del destino de sus semejantes y su recuerdo será sin duda el orgullo de las generaciones que vengan.

Kennedy ha muerto, pero no su idealidad de paz, de comprensión y de amor. Podemos repetir hoy aquí, que arderá en el alma de los pueblos del mundo el fuego que la muerte no logra extinguir, porque la tea funeral de su tumba será la antorcha que guiará la libertad por los caminos del mundo.

Luchamos, decía y afirmo: para mantener una mano en nuestros deberes y otra fuera de nuestras fronteras, a la luz de la humanidad, donde los hombres puedan ver bien que en ellas sólo hay nobleza y sinceridad.

Luchamos, —decíamos y decimos— porque amamos nuestra patria, porque queremos que nuestra patria pueda amarnos sin esfuerzo y con orgullo, sin vanidad y con firmeza.

Luchamos por nosotros, haciendo una fuerza fecunda de un territorio donde todos tengan un hogar, una mesa y un apretón fraternos en las manos y en el alma.

Luchamos por los demás, haciendo que ellos participen en nuestra laboriosa y tenaz lucha, para conservar nuestra mesa, nuestro hogar, nuestras manos en obras constantes y nuestra alma dispuesta a proporcionar el calor que necesitan nuestros hermanos.

Cuando Kennedy decía: "piensen lo que todos juntos podamos hacer por la libertad del hombre", veíamos reflejada la inquietud de nuestro quehacer en nuestra patria. De ahí, señor Presidente, que entendemos que este episodio desgraciado, que sólo un extravío pudo determinar el tronchar esta vida, nos angustia y nos apena.

Finalmente, señor Presidente, decimos que cuando el tiempo abra las tumbas a las generaciones que pasan, surgirá, con la grandiosidad de una estela luminosa, la lucha de los hombres responsables que como Kennedy, han realizado su esfuerzo por sus semejantes y, seguramente que su recuerdo será, sin duda, el orgullo de las generaciones que vengan.

Kennedy ha muerto, pero no ha muerto su idealidad; no ha muerto su comprensión y su amor por sus semejantes. Podemos repetir hoy aquí que tenemos la seguridad de que arderá en el alma de los pueblos del mundo, el fuego que la muerte no logrará extinguir, porque la tea funeral de su tumba, será la antorcha que guiará la libertad por los caminos del mundo.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Rincón.

Sr. RINCON. — Señor Presidente de la Junta Departamental, señores Ediles: verdaderamente el Occidente vive la inquietud terrible de un contraste vital. La fuerza física de un hombre ha sido cercenada; se diría que el Occidente americano cristiano, evangélico y demócrata, ha experimentado en este último episodio, la segunda gran pérdida de la historia de la humanidad: Juan XXIII y John Kennedy. Dos figuras de singulares propósitos. Uno, como consular ejemplo del Evangelio de Cristo, entonando las razones del estoicismo humano y levantando las páginas del Evangelio junto con la grandeza del hombre y, el otro, católico, también cristiano y humanista, presidente de los EE.UU. de N. América.

No es el homenaje sólo a la magistratura, es el homenaje al estoicismo de las razones. La libertad se viste con dolor, pero se levanta con

aire de fiesta, porque los muertos no andan en el camino venerado de la historia. Y esta víctima, cuyas consecuencias son imprevisibles para la humanidad, va a hacer abrir los ojos a muchos en el propio territorio de EE.UU. de Norte América.

Todos sabemos la lucha terrible que mantenía el Presidente Kennedy, para afianzar el destino humanista de EE.UU. de Norte América y ser, no la mano piadosa que concede, sino el corazón que se retempla con entusiasmo, sirviendo al modesto. Y yo pregunto si este crimen infame, no tiene olor a petróleo sucio internacional; el mismo petróleo que incuba dictaduras y mata presidentes.

Consecuentes con el viejo pensamiento de mi partido y con el pensamiento de Luis A. de Herrera, una cosa es el hombre libre de EE.UU. y otra cosa avergonzante, son las cuarenta familias petroleras que dirigen la política de los EE.UU.

El Presidente Kennedy merece el homenaje de los pueblos y de los gobiernos de América Latina, porque era el gobernante que estaba comprendiendo la angustia económica de este continente desarrapado y sin fuerzas económicas para subsistir.

La muerte de un hombre siempre significa el canto de la tristeza, este asesinato representa la mutilización del derecho a vivir y representa también, el afianzamiento negro de una cultura semi salvaje que aún, lamentablemente, en algunos Estados de Norte América, vive, afianzándose a un feudalismo decadente, que merced a la evolución del tiempo y de los hombres, habrá que terminar.

La República O. del Uruguay pequeña como el puño de una mano, pero palpitante como un corazón gigante abate sus banderas con dolor y de las tribunas de todos los hombres públicos, desde el Parlamento hasta el Ejecutivo y los Concejos Departamentales, están lamentando profundamente este contraste.

Yo tengo muy serios temores de que este accidente pueda hacer cambiar la política internacional de EE.UU. y que nosotros ya no encontremos la mano fraterna del hombre que comprende nuestro dolor, sino el látigo poderoso que pretende levantarse airado para castigar a quien pide estoicamente. Pero sepa bien el nuevo gobernante de EE.UU. que si su actitud es consecuente con los ideales y con los pensamientos sustentados por John Kennedy, tendrá nuestro apoyo y nuestro afecto, nuestra lealtad personal y nuestra lealtad política; pero si pretende resucitar en los campos económicos de EE.UU. la fuerza vil del garrote internacional, para derrocar las instituciones libres de América, seremos los primeros en levantar, por nuestro partido, con nuestra voz y con la voz de todos los compatriotas que ven en ese crimen, no la muerte de un hombre, sino la mutilación del derecho a querer hacer para poder vivir y para poder sobrevivir.

Señores de la Junta Departamental: voy a pedir que en este acto —y hago moción— se le curse un telegrama a la Comuna de la capital de EE.UU., Washington, manifestando el pesar de la Junta Departamental de Montevideo, ante el lamentable episodio.

Para terminar, señor Presidente, simplemente reverenciemos en el recuerdo permanente, la memoria de esta gran figura caída y que su carne mutilada por el infortunio, sea el mejor recuerdo para que la bandera de la lealtad de EE.UU. esté con sus estrellas de alta dignidad y que juntas las repúblicas de las tres Américas, puedan vivir en paz con sus conciencias y que el nuevo Presidente de EE.UU. siga la vieja huella, la huella de la amistad fraterna al margen de los símbolos institucionales, como acompañamiento permanente del derecho individual de los hombres de todas las Américas.

Nada más.

Sd. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Faraco.

Sr. FARACO. — Señor Presidente: el 22 de noviembre, casi podría decirse ha pasado a ser una fecha trágica para la historia. Todos los pueblos del mundo, ese día se sintieron conmovidos por las informaciones que anunciaban el asesinato del Presidente Kennedy. Primero fue desazón, estupor, asombro y, luego indignación, por la dignidad regresiva que la noticia encerraba; se había asesinado a un hombre que inspiraba una nueva esperanza de paz en el hemisferio y en el mundo.

Aquí pudimos apreciar ese dolor y esa consternación: nosotros también la vivimos, y como Ediles, como integrantes de este Organo Deliberante Comunal, entendimos pertinente, con otros compañeros, solicitar esta sesión de homenaje, para volcar en el recinto de la Comuna montevideana, el sentimiento del pueblo aquí representado.

Mis palabras, entonces, a nombre del Sector de la Lista 99, exteriorizan el sentimiento, ante la desaparición del hombre que en plena lucha de decisión y firmeza, de verdadero coraje moral, en pro de la igualdad y de la coexistencia pacífica, cae abatido por una conciencia criminal, y al tiempo que una inmensa interrogante se abre al mundo, él, por su lucha, entra en la inmortalidad.

Para hablar hoy de este hombre, para hablar de su lucha, para aquilatar sus afanes, para comprenderlo, en una palabra, parece ser necesario ubicarse en situaciones como la suya, en un país como el suyo, en momentos, de intensas presiones, y en una época de transición como la que atraviesa la humanidad, desde hace decenas de años.

Presiones poderosas de la reacción —que quizás muchas veces obligan a decisiones transaccionales, en el afán de lograr un avance— pero que a juicio de la crítica, exteriorizan valores supuestamente negativos.

La historia un día, emitirá su sereno juicio sobre Kennedy, descorriendo el velo de esas presiones regresivas.

Hoy esa tarea no es fácil; las ideas pueden traicionarnos; y a la crítica partidarizada, subjetiva e, inclusive, deshumanizada muchas veces.

Por eso nuestro intelecto, trata de comprender sus afanes sin apasionamientos.

Y decimos entonces, señor Presidente, que observamos en Kennedy, al hombre que supo ver las nuevas realidades, y que mostrando valores realmente positivos, impulsó con valentía lo que consideró el deber de la época.

Era el momento, en que la humanidad azorada, escuchaba, llena de pavor las versiones sobre las aterradoras consecuencias, de esas fuerzas desatadas por el hombre, con las explosiones nucleares.

La torpeza, el egoismo, la ceguera de algunos sectores que pretenden razonar con las armas, olvidando que éstas sólo se abaten cuando la humanidad realmente razona, aceleraba una loca carrera hacia el aniquilamiento universal.

Y Kennedy, entonces, muestra al mundo, que sabe perfectamente que las diversas ideologías, se nutren en enfoques y concepciones distintas, en cuanto a la justicia social; que siempre existirá el permanente enfrentamiento de las mismas; pero que, además, tiene conciencia de que por encima de esa pugna ideológica, debe tener plena vigencia el principio de coexistenica pacífica.

Y es así que le vemos, en un medio lleno de presiones internas, lanzarse con arrolladora dinámica, a enfrentar la crisis política internacional, más aguda, con palabra, gesto y acción firme, enarbolando una política de sinceridad y de paz, hablando un lenguaje que le hizo ganar la confianza de los hombres del mundo.

Es esa, la confianza que permitió la firma del pacto anti-nuclear, y que se tradujo en aliento de tranquilidad para la humanidad entera.

Nuestro homenaje, entonces, a John F. Kennedy, por contribuir al logro de ese objetivo: por la defensa de las fórmulas de aquietamiento; por haber impulsado ese elemento aglutinante de casi todas las naciones, en su afán de asegurar la paz, que siendo anhelo común, quizá por regresión, estaba a punto de perderse.

Pero nuestras palabras también, señor Presidente, quieren homenajear a quien pese a estar rodeado de mentalidades llenas de rancios prejuicios, y de egoismos, luchó por vencer el cerco aislacionista y absorbente, para tentar mejores relaciones de su país con los otros de América Latina, a través de la Alianza para el Progreso.

Homenajeamos al extinto señor Presidente Kennedy, que avasallando prejuicios, con idealismo y ansias de justicia, lanzóse valientemente a la defensa de los derechos legítimos de todos sus compatriotas.

La intolerancia racial en los Estados Unidos, que a esta altura del siglo, asombra a todo el mundo civilizado, es enfrentada por Kennedy, que abiertamente impulsa la batalla en favor de los negros; y nuestro homenaje lo es, a su afán de ensanche de las fronteras de la justicia social, de la libertad humana y de la igualdad racial.

Señor Presidente: el 22 de noviembre, ha caído un hombre de grandes valores positivos; ha caído en plena lucha, cuando mucho podía esperarse aún, de esa comprensión que poseía de los nuevos horizontes, que en la humanidad se abren, tanto para esta generación como para las futuras.

Un hombre joven, de mente joven y de ideas nuevas, impulsado por la inmensa fuerza moral que supone poseer la llama inextinguible de una devoción por la paz, por la igualdad y la libertad.

Con su desaparición, se afectan valores que nos son comunes, y como uruguayos, como americanos, como ciudadanos del mundo, lo sentimos con dolor y asombro, con angustia y preocupación.

Dolor y asombro, por la forma mezquina en que fue muerto un semejante; angustia y preocupación, por la inmensa interrogante que se abre hacia el futuro.

¿La mano asesina, responde a su propia debilidad mental? ¿Será la ejecutora, será la expresión de un pequeño pero lamentable estado de conciencia regresivo, con motivaciones políticas o raciales?

Lo cierto es que el país del Norte, llora hoy a su hijo predilecto y la humanidad a un paladín de la paz.

Señor Presidente: terminamos nuestras palabras, exteriorizando, en nombre del Sector de la Lista 99, la solidaridad en el dolor con el pueblo de los Estados Unidos, al tiempo que hacemos votos para que el nuevo Presidente, señor Lyndon Johnson, tenga el idealismo y la fuerza moral, que le permita ser intérprete justo de la convivencia internacional, de la igualdad, —elevando al negro al nivel de la dignidad humana— de los más grandes ideales y sentimientos del mundo, de la libertad y de la paz.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Casella.

Cr. CASELLA. — Señor Presidente: como uruguayo y como demócrata, no puedo permanecer en silencio ante este luctuoso acontecimiento, por un mandato imperativo que surge de lo más recóndito de mi alma, que quiere maldecir al monstruo que, en la sombra del anonimato, tronchó la vida del hombre que, en estos momentos, era atalaya, que con sus destellos iluminaba el camino, que iba llevando al mundo entero a la conquista suprema de Paz y Libertad, anhelada por todos los que sentimos la responsabilidad de ser hombres.

Me refiero, señor Presidente, a John Kennedy, Presidente de la gran nación, Estados Unidos de Norte América.

Es indudable que, por más que queramos maldecir con palabras el insólito crimen, la magnitud de hecho resiente nuestro espíritu, llevándonos a no aceptar como cierta la infausta noticia de la muerte de ese Gran Triunfador, puesto que no se puede concebir que un ser hu-

mano llegue a hacer lo que esa bestia, sin control, ha hecho, con un hombre que, su única preocupación, era destruir todo aquello que pudiera entorpecer el camino de la felicidad de todos los seres del mundo.

Por tanto, señor Presidente, como mis palabras poco han de significar, a las ya pronunciadas por eminentes Hombres de Estado de los cinco continentes, quiero, eso sí, ya que ellas no podrán traspasar los límites de este Recinto, por su pobreza, pedirle a los componentes de este Cuerpo Legislativo Comunal, que es templo de democracia, por su origen, que se busque la forma para que los 19 Departamentos de nuestra República honren con su nombre, una calle, plaza, avenida o carretera y al final de este acto nos pongamos de pie y hagamos un minuto de silencio en honor al ciudadano del Mundo, que en vida fue John Kennedy.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Galván.

Sr. GALVAN. — Señor Presidente: se reúne hoy la Junta Departamental de Montevideo, en la misma forma en que lo han hecho casi todos los organismos deliberantes del mundo democrático y civilizado, para rendirle su más sentida demostración de pesar al pueblo de los Estados Unidos, por la irreparable muerte de su Presidente, John F. Kennedy.

Casi todas las ciudades y capitales del mundo, los hombres y mujeres de todas las condiciones sociales de esta tierra, nos hemos conmovido ante la increíble, imprevista y dramática noticia del asesinato de uno de los hombres más importantes en el aspecto humano, uno de los estadistas más grandes de nuestra Era y de uno de los hombres que ha hecho más en estos pocos años por la paz del mundo, que lo que puedan haber hecho todos los hombres juntos de la tierra, en la existencia misma del mundo.

Aunque todavía no hemos logrado reponernos del golpe tremendo que nos ha causado en lo físico y en lo espiritual la trágica noticia de la muerte del Presidente Kennedy y, sobre todo por las circunstancias en que ella se produjo, no estamos en condiciones de avaluar con objetividad la significación de esta pérdida.

Queremos sumarnos en nombre de nuestro Sector y en el mío propio, al homenaje que la Junta Departamental rinde hoy al Presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy.

John F. Kennedy gran Presidente de los norteamericanos ha caído en medio de la batalla, víctima de la incomprensión, de los prejuicios, de los odios y las inquietudes que aún tiñen de negro nuestra civilización.

Presidente Kennedy: has caído pleno de juventud, de coraje, de lucidez, de energía, animado de entusiasmo y optimismo en la tarea colosal que tu pueblo te confió y lleno de esperanza en el cumpli-

miento de la alta misión que la historia del mundo puso en tus manos, poseído de ideales y comprometido a fondo en los nuevos horizontes que conmovieron de inquietudes a tu generación, agudo y sagaz y empeñoso en el diario quehacer.

Presidente Kennedy: has pagado tributo a la causa controvertida pero grande y generosa a la que te consagraste, con intrepidez y con pasión. Tu muerte enluta a Estados Unidos y al mundo entero, más allá de todas las fronteras, que tu prestigio y tu tragedia lograron borrar en un instante de la dramática historia contemporánea. Tu gran lucha por la igualdad racial en Estados Unidos es algo que perdurará en la memoria, mucho más allá de tu vida.

Creemos que el asesinato del Presidente Kennedy es un acto terrible y monstruoso y que nos han arrebatado a un gran hombre; a un hombre que supo comprender la situación angustiosa por la que atraviesa toda la clase humilde del mundo, creemos que para el pueblo norteamericano y para el mundo en general es una pérdida irreparable.

Creemos que esa mano asesina cortó la vida del hombre que regía los destinos de la más poderosa nación del mundo democrático y del hombre que era el abanderado de la democracia y la paz del mundo.

Sus años de Gobierno marcarán una era en la historia del mundo, porque supo estar a la altura de los grandes hombres de su patria, en los momentos de grandes decisiones, enfrentando a los totalitarismos con sus firmes convicciones democráticas, enfrentando en lo interno a las tendencias racistas, representantes éstas de las tendencias más retrógradas de los Estados Unidos. Kennedy defendió los derechos de los negros incomprensiblemente perseguidos y acorralados por parte de una sociedad que no sabe estar a la altura de los tiempos en que vivimos y los defendió aplicando con todo vigor la Constitución que reconoce la igualdad de todos los seres humanos.

Creemos que tú Presidente Kennedy, has recogido el mandato de Roosevelt que levantó como antorcha para iluminar el camino de la libertad de su pueblo y de los pueblos demócratas del mundo, los ideales de solidaridad humana, de justicia social y económica que fueron banderas con que hiciera de Estados Unidos el pionero de los más grandes y generosos ideales y también recogió de Roosevelt lo que se refiere a América Latina en darle preferente atención para sus problemas.

Nosotros no queremos dejar pasar por alto lo que tendría que haber dicho el señor Presidente Kennedy en su último discurso antes de ser asesinado. Se trata de una selección de párrafos que debía pronunciar en Dallas y que el trágico hecho le impidió decir: "El espíritu de América debe tener por guía la luz del saber y la razón". "Habrá siempre voces disidentes dentro del país, que expresen criterio de oposición sin alternativas, que encuentren errores y ningún acierto, que perciban tinieblas en todo ,y traten de influir sin asumir responsabilidades. Tales voces son inevitables". "Sólo una América que practica los que predica acerca de la igualdad de derechos y la justicia social,

puede ser respetada por aquellos cuyas decisiones afectan nuestro futuro". "Los Estados Unidos son hoy más fuertes que nunca. Nuestros peligros no han disminuído, nuestra vigilancia no puede aflojar. Pero ahora tenemos el poderío militar, científico, económico para hacer lo que deba hacerse para la preservación y fomento de la libertad". "Nosotros los de esta generación, somos más por el destino, que por elección propia, los encargados de defender las murallas de la libertad mundial. Pedimos a Dios que seamos dignos de nuestra fuerza con sabiduría y sensatez y que podamos lograr en nuestro tiempo y para todos los tiempos la antigua visión de "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Este debe ser siempre nuestro objetivo y la justicia de nuestra causa debe acompañar siempre a nuestro poderío. Pues como se escribió hace muchos años: A no ser que el señor proteja la Ciudad los guardias vigilan pero en vano".

Para terminar señor Presidente digo que así como no olvidamos nunca a Lincoln, que así como no olvidamos a Roosevelt, tampoco olvidaremos jamás al Presidente Kennedy, ni nosotros, ni el resto de los hombres y mujeres del mundo.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el Edil Filippini.

Sr. FILIPPINI. — Sigue todavia, sin que nada haya permitido superarlo en el transcurso de estos últimos días, el estupor que provoca el increíble e inicuo atentado que diera muerte al Presidente de los Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy.

El momento emotivo de las informaciones sobre el tremendo drama que aflige al pueblo norteamericano como al mundo entero, y la rebeldía que se recoge en la calle, reflejando una congoja emotiva, es la expresión del tremendo dolor, con que nuestro pueblo, sin ninguna clase de motivaciones políticas ni filosóficas, tributa al gran Presidente norteamericano. Siempre es y será repudiable el crimen político, y resulta incomprensible y aberrante el atentado personal, en este caso al Presidente Kennedy.

No podemos aceptar jamás que las ideas puedan mutilarse o ahogarse por la violencia. Kennedy orientador y conductor de una de las más poderosas naciones del universo, reflejaba una vigorosa e inquebrantable personalidad. El formidable luchador, de gran valentía cívica, con dotes extraordinarias de gran estadista ha muerto por una bala asesina, cuyo motivo quizá, no se conocerá jamás. El hombre que desaparece es el que dinamizó a la política de su país, con un cúmulo de sentimientos y esfuerzos personales, inspirados siempre en los preceptos de igualdad y justicia.

Fue aquel que en el orden interno de su patria definió claramente y estaba superando a ojos vistas, la lucha racial en el gran país del Norte.

Fue el hombre que por encima de las especulaciones políticas, definía con gran visión y claridad sus objetivos, para imponer siempre la solución más acorde, basada en el respeto a los derechos del hombre.

La muerte de John Fitzgerald Kennedy, la muerte odiosa de este gran hombre constituye un durísimo golpe para todos aquellos amantes de la paz de los pueblos.

Acompañamos pues con nuestro sincero recogimiento, al pueblo norteamericano en este momento aciago de su vida ciudadana.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Guedes.

Sr. GUEDES. — Señor Presidente: hace 46 años nacía en Brooklyn, un suburbio de Boston, en los EE.UU., John Fitzgerald Kennedy; descendiente de una familia de inmigrantes irlandeses que huían de las penurias ocasionadas por los fracasos de la cosecha en la Verde Eirin, a mediados del siglo pasado.

Nadie en ese entonces podía imaginar que aquel niño débil, que en lugar de los deportes que sus hermanos practicaban con ardor, prefería ensimismarse en las lecturas históricas, llegaría un día, no sólo a ocupar la primera magistratura de su país, sino a ser el más grande conductor del más puro espíritu democrático, de la fuerza combativa que forjó la grandeza de los Estados Unidos de Norte América, como defensora de ideales de libertad, de dignidad humana, justicia, derecho y nuestro modo de vida occidental, frente a quienes tratan y trataban de socavarla cotidianamente.

Vivió y murió luchando, hasta que su destino de auténtico héroe le llevó a ser destruído por fuerzas oscurantistas, propias de mentes subyugadas por ideas totalitarias, sean estas de derecha o de izquierda.

John Fitzgerald Kennedy era un recio luchador consciente de su papel histórico al frente de una gran nación, y sin miedo en momentos sombríos y cruciales para el destino de la democracia y de la libertad del mundo.

En el problema de Berlín, como en el de Cuba, su actitud valiente, serena, dispuesta a todo, aún a lo peor, destacó el carácter de una personalidad de relieves excepcionales, de inconfundibles aristas de conductor, con los perfiles singulares de un gobernante que sabía medir su responsabilidad en horas que fueron supremas para la paz de su nación y del mundo.

"Gobernar no es una ciencia —había dicho Kennedy— gobernar es un arte incierto".

Frente a estos problemas internacionales, donde los países amantes de la libertad vivían diariamente la zozobra del desencadenamiento de una guerra total, Kennedy buscaba de que hubiera "paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad". Así lo manifestaba hace dos años ante la Asamblea de las Naciones Unidas: "sin embargo —decía Kennedy— nos damos perfecta cuenta de que no están

resueltos todos los asuntos de principio, y de que los principios por sí solos no bastan. En consecuencia nuestra intención es desafiar a la Unión Soviética, no para una carrera armamentista, sino para una pacifista; a fin de que marche con nosotros, paso a paso, face a face, hasta dar cima realmente al desarmen general y completo. La invitamos ahora a ir más allá del convenio en principio y llegar a un acuerdo sobre los propios planes".

Este era el pensamiento y acción de Kennedy para preservar la paz mundial. Al respecto, recordamos una anécdota que resume los deseos del extinto Presidente de los EE.UU. sobre la paz, cuando en una entrevista mantenida en Viena con el Primer Ministro Nikita Khruschev, el primer mandatario de los EE.UU. advirtió una medalla en el pecho de aquél y le preguntó qué representaba. Cuando Khruschev explicó que era el Premio Lenin de la Paz, Kennedy observó: "Espero que usted lo conserve siempre, mister Khruschev".

No sólo en la faceta política cooperó con el mundo exterior sino también en lo social-económico. Y, para ello, instauró la Alianza para el Progreso, como una ayuda para que millones de personas se ayudasen para librar de las cadenas de la pobreza, el hambre y la ignorancia que aún subsisten en América Latina.

Decía al respecto Kennedy: "Los pueblos de América Latina son los legatarios de una profunda convicción en la democracia política y la libertad del hombre, de una fe sincera en el que el mejor camino al progreso es el camino de la libertad. Pero si el Acta de Bogotá se convierte en apenas otra declaración vacua, si no estamos dispuestos a comprometer nuestros recursos y nuestras energías a la obra del progreso social y el desarrollo económico, nos hemos de encontrar con un grave e inminente peligro de que pueblos desesperados se vuelvan al comunismo o a otras formas de tiranía como única esperanza de un cambio".

Hizo todo lo que estuviera a su alcance para mejorar la condición humana; no sólo en el extranjero sino también dentro del país. En él, le tocó una ardua tarea: la integración racial, por la cual luchara Abraham Lincoln, lográndolo en muchos estados, pero la complejidad de la legislación estadual impidió el proceso acelerado de terminar con la segregación racial, que tal vez se hubiera eliminado si la vida de este gran luchador por la dignidad humana no hubiera sido truncada.

Inmenso era su ideario humanista; y permítasenos, señor Presidente leer algunas de sus expresiones al respecto.

"Pero nosotros estamos aquí —decía Kennedy ante la Asamblea de las Naciones Unidas— para mirar a través de ese mundo de amenazas hacia el mundo de la paz. En esa búsqueda no podemos esperar ningún triunfo final porque siempre surgirán nuevos problemas. No podemos esperar que todas las naciones adopten sistemas similares, porque la conformidad es el carcelero de la libertad, y el enemigo del crecimiento. Tampoco podemos esperar lograr nuestro objetivo por medio de artificios, de decretos o siquiera de los deseos de todos. Pero

por muy poco que a veces parezca que nos hallamos de ese negro y final abismo, que no pierda la esperanza ningún hombre que ame la paz y la libertad. Porque él no está solo. Si todos podemos perseverar —si podemos en cada tierra y cargo, mirar más allá de nuestras propias playas y ambiciones— es evidente —decía Kennedy— que entonces se iniciaría el amanecer de una edad en que el fuerte sea justo, el débil esté seguro y se preserve la paz para siempre".

Mucho más es lo que se podría decir en favor de John Fitzgerald Kennedy, líder de la humanidad, pero estamos seguros que la Historia se encargará de situarlo entre los grandes hombres que dieron su vida en holocausto de la humanidad.

John Kennedy ha muerto. Esta tragedia ha llegado a lo más profundo de nuestros corazones; mas la misión por la cual él dió la vida, ocupa el primer lugar en nuestras realizaciones como gobernantes y como legisladores. Ha desaparecido un hombre servidor de la paz. Pero hemos de continuar su labor hacia la búsqueda de la paz y la felicidad humanas.

Por tal motivo, ante la desaparición trágica del Presidente de los Estados Unidos de Norte América, solicito de la Junta Departamental, rinda los siguientes homenajes póstumos: 1. — Que el Cuerpo se ponga de pie, observando un minuto de silencio. 2. — Enviar a sus deudos el sentimiento de pésame de la Junta. 3. — Hacer llegar al pueblo estadounidense, por intermedio de su Embajador en nuestro país, la profunda solidaridad de condolencia de la Junta, y del pueblo montevideano. 4. — Designar una calle del Departamento, con el nombre de John Fitzgerald Kennedy.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Colman.

Sr. COLMAN. — Señor Presidente: en la ya históricamente aciaga tarde del 22 de noviembre, la infausta noticia de su muerte nos sorprendió en plena calle y realmente nos anonadó. No solamente por lo inesperada sino porque momentos antes, mientras "arreglábamos el mundo" con algunos compañeros de trabajo, todos coincidíamos en que la causa de la civilización occidental estaba inmejorablemente representada por John Kennedy en cuya ilustre personalidad, nítidamente se destacaban los perfiles del héroe, por su coraje, del político, por su sagacidad y del sabio, por su talento creador.

Perfiles de héroe, señor Presidente, con sus consiguientes demostraciones de valor, los tuvo desde su más temprana juventud hasta el momento mismo en que una bala cobarde y traicionera hacía blanco en su cerebro, queriendo destruir al mismo tiempo su cuerpo y su pensamiento. Si no fuera un auténtico hombre de nuestro tiempo, con abundantes detalles de la vida prosaica y materialista del Siglo XX y si dejáramos volar libremente nuestra imaginación, se nos ocurriría que esos múltiples perfiles de héroe lo emparentaban de tal modo con la antigüedad clásica, tan inclinada a resaltar las virtudes, costumbres y hechos de esos semidioses, ya fuera a través del canto épico o

de la tragedia ática. La comparación adquiere mayores visos de realidad cuando vemos que el último acto de su tragedia ha sido realzado por la abnegación y el estoicismo de esa ejemplar mujer que, cual moderna Penélope, sobreponiéndose a su inmenso dolor, supo estar a la altura de las dramáticas circunstancias, para ejemplo, en la Historia, de todas las esposas y madres del mundo.

La sagacidad del político no necesita, por conocida, señor Presidente, mayores abundamientos. Está ahí su ascendente y meteórica carrera hacia los más altos destinos, en lucha contra todas las adversidades, contra muy poderosos intereses y contra los más ancestrales prejuicios pero triunfante siempre, aún más allá de su injusta muerte, porque otros vendrán que recogerán su vívido mensaje. Su actuación quedará, igualmente como ejemplo para todos aquellos que sienten la pasión que a él lo quemó. Su nuevo y original estilo de hacer política ya ha hecho carne y escuela en otros jóvenes políticos, algunos de ellos muy cercanos a nosotros, los que ven en esa modalidad seria y auténtica en encarar los problemas, en la sinceridad y nobleza de sus procederes, el más alto ejemplo de acción a seguir.

De su sabiduría, señor Presidente, digamos que, las dimensiones positivas de su talento lo llevaron a distinguir muy nítidamente a pesar de la alta posición que social y económicamente ocupaba, todas las miserias y angustias que arrastraba el hombre contemporáneo y a proporcionar, en base a tales necesidades, la terapéutica más adecuada que cada caso requería. A nosotros, los americanos subdesarrollados, de muy especial manera, nos cabe recalcar la cordial y generosa invitación que un día del año 1961, nos hizo a través de su Alianza para el Progreso, a efectos de desterrar para siempre de nuestra América los signos de atraso, corrupción e ignorancia que hoy nos paralizan. Y a sus hermanos negros del Norte los respaldará su gesto fraternal y solidario en la búsqueda de una igualdad tantas veces prometida pero también tantas veces escamoteada.

Sólo nos cabe agregar, señor Presidente, que debemos recoger su mensaje y su estilo. Todos aquellos que amamos la Libertad como él la amó; que luchamos por la Paz como él luchó; que predicamos la igualdad como él la predicó, aún a costa del holocausto personal, que deseamos de verdad un mundo mejor, inmensamente mejor, como él también lo deseó, tendremos que redoblar esfuerzos para salir adelante, para vencer todos los obstáculos que no serán menores y conseguir finalmente que la lección, que él trazó no caiga en el vacío y que como muy bien lo dijera don Angel Ganivet "Los héroes del porvenir triunfarán en secreto, dominando invisiblemente el espíritu y suscitando en cada espíritu un mundo ideal."

Señor Presidente: en nombre de la Bancada de la UBD nos adherimos a todos los homenajes propuestos y recalcando muy especialmente que será justicia dar el nombre de John F. Kennedy a una avenida o calle de nuestra ciudad.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor Edil Orzuj.

Sr. ORZUJ. — Señor Presidente: el sentimiento de hondo y sincero pesar universal, provocado por el cobarde y alevoso asesinato del Presidente John Kennedy, detiene momentáneamente un período de la historia influído de manera decisiva por su personalidad sensible y humana, y al mismo tiempo valiente y decidida.

La comprensión, hacia quienes sufren la injusticia, la discriminación, el hambre, la esclavitud, en todos los lugares del globo, fue el móvil que impulsó su gestión política.

Su coraje a toda prueba fue el instrumento realizador, capaz de plasmar en conquistas concretas su idealidad.

Integrante de una generación rebelde e inconforme que se vió obligado a luchar en la guerra en defensa de una paz sin renunciamientos, valoraba cabalmente el sentido de la misma y dedicó todos sus esfuerzos a conquistarla.

"No estamos satisfechos, con la así llamada paz, que es meramente un intervalo entre dos guerras. Y no estamos dispuestos a aceptar una paz con esclavitud, impuesta sobre nosotros por gobernantes extranjeros. Tampoco queremos la paz de la prisión o la tumba. Queremos una paz en la cual el mundo no esté balanceándose constantemente al borde de la guerra. Queremos una paz en la cual los fondos vertidos actualmente en la fuerza destructiva de los armamentos pueda canalizarse en los resultados constructivos del desarme en grandes esfuerzos multinacionales para erradicar la enfermedad, eliminar el analfabetismo, explorar las fronteras del espacio. Queremos una paz en la que podamos verdaderamente transformar nuestras espadas en arados, nuestras bombas en reactores y nuestros cohetes, en vehículos para explorar el espacio exterior."

A la búsqueda de la paz, aplicó todos sus esfuerzos en el terreno internacional procurando el diálogo y prefiriéndolo a la intransigencia estéril e inútil.

Si quisiéramos definir la personalidad del extinto presidente norteamericano en una sola frase, podríamos afirmar que fue un soldado de la libertad.

Toda su vida fue una lucha constante en favor de la misma.

El valor físico que puso de manifiesto durante la guerra, fue superado por su valor cívico, al enfrentar a muchos de sus conciudadanos, satisfechos consigo mismos, y con el bienestar material alcanzado por su país.

Elevó, durante la campaña pre electoral que lo condujo a la presidencia de su nación, y una posición rectora en el mundo libre, la bandera de una nueva frontera, para cuya conquista reclamaba la solidaridad, imbuída del espíritu pionero de sus compatriotas.

Una nueva frontera, que sería alcanzada cuando no hubiera un solo individuo que sufriera penurias, pasara hambre y necesidades,

o viera limitarse por causas ajena a su voluntad y sus méritos, sus posibilidades de progreso.

Sacudió a quienes apoltronados en la comodidad de su bienestar personal, rehusaban mirar a su alrededor, como si el curso de la historia hubiera llegado a la culminación para ellos.

El extinto presidente creía en la solidaridad humana y luchaba por ella. Porque situaba los valores del espíritu por sobre los materiales.

Respetaba y defendía las conquistas que en todos los terrenos habían logrado las generaciones anteriores.

Pero Kennedy comprendía también que el conformismo y una actitud conservadora hacia el reto que planteaba el porvenir, no constituía el mejor medio de fortalecer la democracia que necesita la renovación constante de individuos e ideas, para fortalecerse y anular el ataque constante de quienes pretenden destruirla.

Estamos viviendo un período revolucionario del mundo, en el cual los pueblos reclaman democracia. El negro norteamericano no se conforma con proclamar su derecho a la igualdad, organiza manifestaciones para hacerla efectiva.

Las masas empobrecidas de los países en vías de desarrollo, no se conforman con poseer el derecho a reclamar alimento y vivienda y seguridad para ellos y sus hijos.

Aspiran a que sus reclamos se conviertan en realidades efectivas, y están dispuestos a recurrir medio para conquistarlas.

Si el mundo libre no da respuesta a sus aspiraciones buscarán canalizarlas, en su desesperación, por la vía de las doctrinas liberticidas.

Kennedy comprendía y compartía el ansia indivisible de libertad y bienestar no sólo de su pueblo, sino también de los demás pueblos del mundo, y buscaba una salida decorosa y justiciera para la misma.

"Porque no nos hemos interesado por la educación en nuestro país —decía en uno de sus discursos pre electorales— no nos hemos interesado por la educación de quienes viven fuera de nuestras fronteras. Porque no hemos practicado lo que hemos predicado en nuestro país, muchas veces no hemos podido hacer que nos crean quienes nos visitan.

La libertad es indivisible en todos sus aspectos; proveer igualdad de derechos para todos, requiere que respetemos las libertades de palabra y de creencia y de reunión garantizadas por la Constitución, y estas libertades a su vez, se convierten en mascaradas huecas a menos que se las sostenga también con una vida económica digna."

Se transformó en una abanderado de las causas justas, adelantándose a su tiempo, canalizando y alentando las reacciones populares, sin esperar a que se produjeran.

Reclamó igualdad para los negros, luchó contra los trusts, como el del acero, siendo el primero en su país en atreverse a enfrentarlo, enfrentó incluso al propio Senado de su país en varias ocasiones. Su lucha incesante contra los trusts, monopolios y sectarismos conservadores, quizá precipitara los hechos que le deparó el destino...

Procuró elevar el nivel de vida de los pueblos latinoamericanos, sin interferir en los mismos.

"No nos oponemos a los cambios sociales y económicos en las Américas —decía—, al contrario, damos la bienvenida a esa revolución pacífica, como clave de una futura fortaleza. Ni tampoco nos oponemos a ningún instrumento o institución que pueda forjarse para producir ese cambio, puesto que creemos que cada nación debe ser libre de escoger su propio camino hacia el progreso. Pero creemos también que el adelanto fructífero sólo es posible cuando los pueblos tienen libertad para labrar su propio destino."

Predicar con el ejemplo fue su consigna, el razonamiento y la persuación fueron sus métodos de lucha. La acción, una acción infatigable y permanente precedida por el intercambio de ideas a la luz de la mirada escrutadora de la opinión pública, constituye el rasgo primordial de su gestión como gobernante.

No se conquista un ideal en un día, pero el extinto presidente norteamericano tuvo la virtud de movilizar a su pueblo y junto a él a todo el mundo libre en nuevos métodos de lucha, para enfrentar los problemas de los tiempos actuales, creando en cada individuo la conciencia de su propia responsabilidad.

Su desaparición física constituye un serio traspié en el recorrido del derrotero por él iniciado. Pero su espíritu vigente a pesar de ello, habrá de asegurar que otros hombres, tanto en su país como en los países que lo acompañan en la defensa de la dignidad humana, podrán continuar sin fatigas ni desfallecimientos la lucha porque la democracia sea una realidad percibida y sentida por los humildes, los débiles, los que nada poseen sino sus familias, y una esperanza a veces tronchada.

A su pueblo, al que dedicó todas sus energías, lo acompañamos en este instante de pesar.

Como integrantes del Partido Colorado, que propició este homenaje, y en representación de nuestra agrupación política la Lista 10, "Por los ideales del Batllismo", nos honramos en hacerlo.

De las páginas de su libro "Perfiles de coraje" extraemos esta frase: "Los fanáticos y los extremistas y aún aquellos conscientemente afectos a los principios de mano dura, se sienten siempre decepcionados del fracaso de su gobierno en no precipitarse a transformar en obra sus principios íntegros y a denunciar a sus oponentes. Pero el legislador tiene una cierta responsabilidad en conciliar aquellas fuerzas antagónicas dentro de su Estado y de su partido y en introducirlas a un más extenso debate de intereses en un nivel nacional; y él solo sabe que existen pocas decisiones si las hay en que toda la verdad y todo el derecho estén de un solo lado".

Recibimos la lección de tolerancia dejada por el mandatario desaparecido, como un invalorable aporte en nuestra lucha.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Rizzi.

Esc. RIZZI. — Señor Presidente: la Democracia Cristiana asocia su voz a las expresiones de pesar y de congoja vertidas en Sala en esta sesión extraordinaria de homenaje al extinto Presidente de los Estados Unidos de Norte América, John F. Kennedy.

Para nosotros hay tres rasgos sustanciales que definen, con perfiles inconfundibles y trascendentes, la personalidad del ilustre estadista trágicamente desaparecido: era un hombre de fe; era un hombre de paz; era un hombre de hogar. Kennedy fue, indudablemente, un hombre de fe. La heredó de sus mayores, la vivió íntima y sinceramente y la exteriorizó en obras.

Quien tuvo valor de confesar públicamente su catolicismo en la ardorosa lucha precomicial de su país, haciendo peligrar —a juicio de muchos— sus posibilidades de triunfo; quien ya en el poder no cesó de reclamar para sí las responsabilidades mayores y los mayores sacrificios en la conducción de la cosa pública; quien trató de espiritualizar la política en lo interno y en lo internacional recurriendo a las fuerzas morales y espirituales que alientan en cada ciudadano y en cada hombre del mundo, sabiendo que sólo por ese camino se puede salvar el destino de la humanidad entera; quien supo penetrar en lo profundo del Sermón de la Montaña y extraer de él y poner en práctica su mensaje de permanente y renovada vigencia, demostró ser en vida y en la hora de la muerte, un hombre de fe.

Kennedy fue, indudablemente, un hombre de paz. No de una paz declamada, no de una paz mistificada, no de una paz traicionada por apetencias de dominio y exterminio. No, su paz era sencilla y por eso la más cierta y viable, que comienza por dar antes que pedir; que busca servir antes que ser servido; que entabla el diálogo cordial, abierto, comprensivo; que lleva el corazón y la mente colmados de buena voluntad, traslúcidos, limpios de todo propósito avieso o taimado.

Y por ser un hombre de paz, la paz lo acompañó en vida, lo reclamó para hacerlo mártir y lo acompañará —como dice la oración esperanzada— eternamente.

Y por último, señor Presidente, señores Ediles, Kennedy fue indudablemente un hombre de hogar.

Suena raro —diría extraño— que en un homenaje de esta naturaleza se pospongan tantas otras virtudes y condiciones personales —que sin duda poseía este excepcional hombre público— y se de preferencia a su condición de hombre de hogar.

Es que hemos olvidado —tal vez involuntariamente— que gobernar es un poco y muy mucho tener sentido y responsabilidad de padre.

Quien gobierna no hace más que administrar, vigilar, tutelar y dirigir los bienes y los intereses espirituales y materiales de esa gran familia que es el Estado.

Pero no es ése el enfoque que quería dar a mis palabras.

Quiero referirme a Kennedy como padre, como esposo, como jefe de familia, de esa familia que, según el concepto cristiano de la vida, es la organización básica, primaria, fundamental, de la sociedad y del Estado.

No podemos representarnos al Presidente Kennedy sin ubicarlo junto a su esposa y a sus hijos, formando un todo indisoluble, una expresión, un símbolo, una fuerza...

He aquí lo que para nosotros hubo de sustancial y profundo en la vida y en la muerte de este hombre a quien su pueblo libremente había elegido para dirigir sus destinos y que hoy proyecta su sombra protectora —ya de dimensiones gigantescas— sobre un mundo aún perplejo y confundido por lo inesperado y absurdo del crimen que tronchara su existencia; de un mundo tan necesitado de fe, tan sediento de paz y de justicia, y de una humanidad que se empina sobre las barreras levantadas por el odio de clases, de razas, de inteses económicos y políticos antagónicos, para reconocerse y reencontrarse en torno a quien irradió fe, habló un lenguaje de paz y nos hizo sentir, en el dolor, fraternalmente unidos, como miembros que somos de una única y gran familia.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Loubejac.

Dr. LOUBEJAC. — Señor Presidente de la Junta Departamental, señores Ediles: la inesperada y brutal desaparición del Presidente de los Estados Unidos de Norte América, John Fitzgerald Kennedy, ha sumido en el desconcierto a todo el mundo occidental. A la angustia y a la congoja que su muerte ha provocado en todos nosotros, se une la angustia y la congoja de todos los ciudadanos del mundo libre, que vieron en él al gobernante sano de corazón y sano de intenciones, que llevaba a la hermana república del norte por el camino de la paz, con la energía necesaria para que se viera, sin lugar a dudas, que para defender la paz, estaban también siempre prontas las fuerzas y el poderío militar de aquel gran país.

Oscurecidos los móviles de tan inicuo asesinato por los violentos acontecimientos que en seguida se sucedieron, queda a los hombres responsables de todo el mundo la misión de vigilancia para preservar una paz tan costosamente sostenida hasta ahora.

La muerte violenta del Presidente Kennedy no es, seguramente, un episodio aislado ni la obra de un demente. Norte América no puede olvidar Pearl Harbor porque, desde el 7 de diciembre de 1941, ningún acontecimiento mundial ha provocado más honda conmoción y más profundo sentimiento de dolor. El Presidente Kennedy representaba a la democracia en su prédica y en su lucha contra la discriminación racial. Representaba a la democracia en sus esfuerzos por com-

batir la desocupación, el hambre, el sub-desarrollo y su Plan de Alianza para el Progreso tenía y tiene la misma trascendencia mundial de ayuda y de cooperación que el Plan Marshall de la post-guerra. Representaba a la democracia porque había jugado su vida por ella en Guadalcanal. Representaba a la democracia por su juventud y por su amor a la vida plenamente vivida, junto a su esposa, que le dio un hijo en el mismo instante de ser elegido Presidente y perdió otro al nacer, hace pocos meses, y porque lo continuarán dos hijos pequeños que sentirán en el futuro el orgullo de ser descendientes de quien cayó inmolado defendiendo con la palabra, con los gestos, con la acción, un modo de vivir que nos es muy caro y que defenderemos hasta con la vida: el modo de vivir del mundo democrático en el que todos somos iguales ante la ley y ante la Constitución.

En nombre de la Lista 303, de la Unión Colorada y Batllista, uno mi protesta de hombre libre ante tan injusta y prematura desaparición y acompaño fervorosamente todos los homenajes que se tributen a la memoria del gran Presidente norteamericano, John Fitzgerald Kennedy.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Contreras.

Sr. CONTRERAS. — En nombre del Sector Dr. Luis Alberto de Herrera, damos nuestra adhesión a este acto.

La Junta Departamental ha querido rendir homenaje a quien puso su mayor tesón, su dinamismo, su fuerza espiritual, su avasallante influencia personal en favor de un pacifismo universal; ha querido rendir homenaje a John F. Kennedy.

Adquirió perfil universal por ese anhelo profundo de contribuir a mantener la paz en un mundo caótico, conflictual, donde están en pugna tremendos intereses de carácter político, económico y racial.

Su titánica lucha por lograr tan noble fin, la ejercía con equidad y respeto. Quizás —y tal vez sin quizás— sus más encarnizados adversarios estaban dentro de su propia frontera. Los representantes ——llamémosles así— de las grandes plantas siderúrgicas, estaban inquietos con los planes pacifistas de Kennedy y por otro lado, ésa su dramática actitud de fervoroso luchador por la igualdad de derechos de sus compatriotas, blancos o negros, ha precipitado su trágica e irreparable caída.

Y en medio de esa tormenta que se habia desencadenado a su alrededor, supo mantenerse con estoicismo sereno y digno en la conducción de su país. Nunca sufrió la parálisis de la inactividad, ni la inquietud de la vacilación, ni las esferas de la perfección. Su lema era hacer y hacer, cuando tenía conciencia de la solución de los problemas que afectaban a la Comunidad, ponía en marcha sus planes, con toda la fuerza de su espíritu, sin desfallecimientos ni claudicaciones.

Con estas palabras adherimos al homenaje que se le tributa a John F. Kennedy, al luchador incansable, sin fatigas, al que mantu-

vo hasta el último instante su poderoso espíritu jovial, vibrante y contagioso, dejando histórico y elocuente mensaje de paz y confraternidad.

Nada más, señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Prof. Ottati Jorge.

Prof. OTTATI JORGE. — Muy brevemente trataré de dar un concepto personal sobre los hechos que han traído aparejado el homenaje que esta noche rinde esta Junta Departamental a la figura del Presidente norteamericano desaparecido.

La historia demuestra, señor Presidente, señores Ediles, que muy a menudo, para comprender exactamente los móviles y circunstancias que determinan este tipo de actos criminales, como el que reprobamos en este momento, resulta muy importante hacer un análisis, aunque ser circunstancial del medio ambiente, de las circunstancias políticas, económicas y sociales y de los estados de conciencia colectivos en los cuales se mueve y actúa la persona que perpetra el crimen. De ahí que para nosotros, aún cuando no está plenamente probado que determinada persona haya sido el criminal que mató al Presidente Kennedy, vamos a admitirlo así en base a los informes oficiales, para señalar que muchas veces este tipo de actos, este tipo de actitudes criminales, no son sino la culminación práctica de una serie de causas concatenadas que, evidentemente, provocan finalmente, en determinadas personas, la necesidad u obligación de llevar a cabo esos crímenes. Lo que resulta lamentable es que muchas veces los autores materiales son solamente figuras títeres o solamente ejecutores materiales de organizaciones verdaderamente tenebrosas que se mueven en las sombras para culminar con esta clase de atentados, sus actividades liberticidas y contrarias a la Justicia y la Democracia.

Creo que no nos equivocamos si señalamos que ese estado de conciencia morboso que ha llevado al asesino a eliminar la vida del Presidente Kennedy, puede ser asimilado, salvando el tiempo y las distancias, al mismo estado de conciencia reaccionaria, que eliminó la vida de otro luchador por la paz, como fue Jean Jaurés y, menos aún, salvando la distancias en el tiempo, y menos aún salvando las distancias en el espacio, creemos que en estos instantes, podemos afirmar, que ese mismo espíritu maligno, contrario a la libertad, contrario a la Justicia y contrario a la Democracia, es el que armó los brazos asesinos, que hace algunos años, cercenaron la vida de otro gran luchador por la libertad de los pueblos de América, que se llamó Augusto César Sandino.

Nosotros, señor Presidente, creemos que Kennedy fue un luchador por la verdad, que combatió la mentira, combatió la ambición y combatió la ignorancia, y en nombre de esa verdad que tanto defendió Kennedy, creo que todos los pueblos del mundo estamos en el de-

ber de reprobar enérgicamente esa burda parodia que significó ese segundo asesinato cometido en Texas.

No nos parece ninguna garantía ese medio ambiente, donde fue asesinado el Presidente Kennedy, y donde, posteriormente, en un hecho que también reprobamos, fue eliminado el presunto autor del primer homicidio. Texas, señor Presidente, es uno de los lugares característicos, donde se dan las más profundas contradicciones de la democracia norteamericana, es uno de los estados del sur de la Unión, donde el ser negro, o ser filosóficamente católico o judío, o ser ideológicamente socialista, comunista, progresista o simplemente republicano, significa la excomunión política, para quien está en esa circunstancia y, nos resulta también, señor Presidente, un lugar donde inclusive, las más altas autoridades judiciales y policiales pertenecen a las tenebrosas organizaciones racistas como el Ku-Klux-Klan y la John Bird Society, que buscan de todas las maneras posibles, socavar la gran democracia americana.

Por eso entendemos que los pueblos de América Latina, que el pueblo de Norteamérica y los pueblos del Mundo en general, están en el derecho de exigir que las autoridades de la gran nación del Norte, cumplan con el deber que tienen de esclarecer debidamente los hechos sucedidos para no sólo honrar la memoria de Kennedy, sino para que queden de manifiesto cuáles son los verdaderos móviles, con o olor o sin olor a petróleo, con olor o sin olor a humo de pólvora o de armamentos, con o sin olor a racismo, pero que han llevado al asesino a cortar la vida del Presidente. Lo exigimos como ciudadanos de América y del Mundo, y esperamos que muy pronto se devele esta incógnita que en estos momentos por encima del duelo de Kennedy, debe angustiar a la Humanidad. ¿Es acaso, el crimen, la obra de un irresponsable? ¿Es acaso, el crimen, la obra de un racista? ¿Es acaso el crimen la obra de un elemento movido políticamente o siendo Kennedy uno de los pilares fundamentales de la Paz, no será la obra, acaso, de los siempre permanentes activos armamentistas traficantes de la guerra, que no han vacilado nunca en la historia del mundo, en mandar a millones de hombres a la tumba y a los hospitales, con el fin de satisfacer sus necesidades económicas.

Nosotros exigimos, señor Presidente, desde nuestra modesta banca, que las autoridades de los Estados Unidos de Norteamérica aclaren de una vez por todas, lo sucedido.

Entendemos, señor Presidente, que ésa será una de las maneras más firmes y decididas de honrar la memoria de Kennedy, y entendemos, señor Presidente, que la causa profunda y necesaria de la Paz Mundial ha sufrido un enorme quebranto.

Pero, nos quedan dos cosas: una ponderable, la de los pueblos del Mundo. Los pueblos quieren la Paz, como la quiso Kennedy y, los pueblos quieren la Paz, por encima de sus gobiernos y por encima de los traficantes de la guerra.

Y, nos queda, no sólo esa confianza en los pueblos, sino aquella imponderable de cada uno. Creo que por encima de las discre-

pancias filosóficas y religiosas cada uno de los habitantes del Planeta, debe elevar su voz interior hacia su dios personal —ya sea el Dios de los cristianos, ya sea el Dios de los judíos o ya sea el Gran Arquitecto Universo de los masones, o ya sean los Dioses de los países orientales— para que preserven la Tierra y hagan mantener esa paz firme y duradera, que permita que la misma prosiga en el futuro, como la quería John Fitzgerald Kennedy.

Nada más, señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra la señora Edil Arévalo de Roche.

Sra. AREVALO DE ROCHE. — Señor Presidente: nosotros, en nombre de nuestro sector, queremos expresar nuestra opinión ante el repudiable crimen de que fue víctima el Presidente John Kennedy.

Permitidme una breve referencia. Nuestra posición, frente al imperialismo, es suficientemente conocida y no creo sea el momento para abundar en ella. Ella está abonada en esta Junta, en cantidad de ocasiones en que hubo que manifestarla; está abonada por nuestra larga trayectoria política, en defensa de nuestra soberaría nacional, por la paz mundial, por nuestra libertad económica, por la lucha de todos los pueblos atacados y sojuzgados por los monopolios del Norte y por nuestra combatiente solidaridad con Cuba.

Hemos luchado todos los años de nuestra vida política, que no son pocos y seguiremos luchando sin desmayo y hemos denunciado sin temores la política de EE.UU. frente a nuestra América Latina, frente a su política contra cada uno de nuestros pueblos y, por lo tanto, hemos combatido duramente al extinto Presidente Kennedy, en cuanto él fue el portavoz y el ejecutor de esa política. Pero todo ello no puede impedirnos condenar ese monstruoso crimen.

Nosotros somos enemigos, por principio, de los atentados individuales, porque ellos no han de ser nunca los que solucionen, los que resuelvan las causas profundas que determinan las situaciones que existen en un momento dado, en la vida política de un país.

A esta altura de la civilización, no hay ser humano que no reaccione con indignación y repudio, ya que no podemos considerar el crimen como un arma política de lucha. Por el contrario, creemos que la persona o los grupos que han impulsado este alevoso crimen y hoy, con el último acontecimiento de la muerte del presunto asesino así lo demuestra más claramente, representan a las fuerzas más regresivas de EE. UU. y del mundo, a las fuerzas de la guerra y del racismo, a la opresión de todos los pueblos, y, en particular de nuestra América Latina.

Por lo que está sucediendo en derredor de este crimen, no podemos prever cuáles serán las consecuencias políticas de este asesinato, si bien claramente se vislumbra. Confiemos en que el pueblo americano, fiel a las gloriosas tradiciones de Washington, Jefferson y Lincoln, sabrá liquidar todos los brotes de fascismo y logrará encauzar

su política por las vías más favorables a la democracia, a la paz mundial y el respeto a la soberanía y la libre determinación de cada pueblo, particularmente de nuestra pueblo de América.

Es con este espíritu que expresamos nuestro pensamiento en esta hora, ante la víctima de tan inconcebible crimen, manifestando nuestro sentimiento hacia su pueblo y hacia su atribulada familia, su esposa y sus pequeños hijos, y adherimos a las proposiciones formuladas esta noche.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Prato.

Sr. PRATO. — Es para mí especialmente penoso, señor Presidente, intervenir en este acto.

Tal vez en la Junta, el único Edil que se ocupó en el pasado para fustigar su acción en América Latina, fui yo...

(Interrupciones.)

...o uno de los que se ocupó más, por lo menos; pero debo reconocer que éste no es un acto polémico y que todos estamos tocados en lo más profundo por este episodio tan desgraciado y que tanto lamentamos.

Pero nosotros, señor Presidente —nuestro Partido está en esa posición— también somos de los que creemos que el tipo de atentado individual no soluciona los problemas políticos, ni resuelve la felicidad de la humanidad. Los grandes problemas de los oprimidos y de los opresores no se resuelven, señor Presidente, matando de vez en cuando a un representante de la opresión y no nos parece, además, que sean causas de este tipo las que puedan justificar, precisamente, en alguna forma, el asesinato que se acaba de cometer.

Cuando los negros y los blancos que estaban junto con los negros, hicieron aquel formidable desfile en Washington, trabajaban por dos cosas: por la libertad y por trabajo, dicho esto muy expresamente. Los negros de EE. UU. necesitaban resolver su problema de libertad, de dignidad humana y, además, dejar de ser los más grandes desocupados de los EE. UU. En esa oportunidad el Presidente Kennedy, como venía haciendo en los últimos tiempos, expresó su solidaridad con ese movimiento, que significaba una posición muy progresista, muy distinta a la posición de la derecha americana, sobre este tremendo tema que avergüenza a los EE. UU. y al mundo entero.

Han sido muchos los que han muerto en los últimos tiempos por esta causa en los EE. UU., desde niños hasta ancianos y no podemos olvidar que con un fusil de largo alcance fue muerto aquel importante dirigente negro que se llamaba Heber. Yo no sé por qué no he podido dejar de asociar la muerte de Kennedy con la muerte de este dirigente negro y creo, para mí, que por ahí debe estar la explicación de la causa de esta muerte, que significa, en mi opinión, un movimiento, una expresión de lo más sucia, de lo más desagradable que

existe en el país del norte, contra un hombre que supo expresarse en la vida interna en una posición que, evidentemente, debe ser elogiada.

A este Kennedy que supo luchar tan intensamente y con tanta eficacia dentro de su país en este grave problema que nosotros tanto hemos repudiado, le hacemos llegar nuestro homenaje en el día de hoy, en el claro oscuro de siempre de los hombres políticos que tienen que estar al servicio de la causa de las cuales son abanderados, que no es por cierto nuestra causa.

Sentimos pues, señor Presidente, este lamentable episodio que enluta al mundo entero.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil De Brum.

Sr. DE BRUM. — Señor Presidente: ha dejado de sonreír al mundo un gran hombre, arquitecto e ingeniero de la paz, joven y valiente, que detrás de su sonrisa escondía en su mente —excepcionalmente rica— la esperanza y la fe del Universo, para con el destino del mismo, hombre que seguía a pasos agigantados la evolución del mundo.

Señor Presidente: a él se le había sumado otro gran profeta de la paz, de la igualdad, y la dignidad de los hombres, por encima de los credos y de la ideología política; ese era el Papa Juan XXIII (Juan el Bueno). Estos dos hombres, por caminos distintos, tenían las esperanzas del mundo que amaban la paz, en sus manos. Quiso Dios, señor Presidente, que estas dos eminencias desaparecieran físicamente, pero en distintas circunstancias, Juan XXIII desapareció llevado por nuestro Señor, siendo éste quien acompañó a John Kennedy a abogar por la paz, mientras que el padre del mundo libre fue asesinado cruelmente.

Sr. Presidente: para este individuo que causó la muerte no tengo expresión para describirlo ni tengo en mi pensamiento argumentos suficientes para juzgarlo, a este incomprensible hombre.

El 22 de noviembre el mundo se convirtió en un mar de llantos, en un infierno de dolor por la muerte del padre de la paz.

Señor Presidente: sintiéndome acongojado por esta gran pérdida para la paz mundial, tengo la esperanza como la ha de tener el mundo libre, en su sucesor Sr. Johnson por la siguiente razón, señor Presidente: de ver la conducta y el proceder del Sr. Johnson, al solicitarle a todos los colaboradores del Presidente Kennedy, permaneciesen en sus puestos. Esto, señor Presidente, sólo indica una cosa, la política de Kennedy queda en pie y seguirá en marcha por la conquista de la paz, la igualdad, y la dignidad de los hombres.

Termino, señor Presidente y digo: Dios guarde el alma de John Kennedy.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Cheridián.

Sr. CHERIDIAN. — Señor Presidente: los compañeros Ediles que me precedieron en el uso de la palabra han expresado, con total exactitud y verdadero sentimiento solidario, lo que significó en vida el gran estadista, político, demócrata y hombre —esto último con mayúscula— ex-Presidente de los Estados Unidos de América, señor John Kennedy.

Cuando un hombre llega a asumir la inmensa responsabilidad de mantener la paz del mundo siendo presidente de una gran potencia, como lo es sin duda los Estados Unidos de América, se ve totalmente absorbido por sus ocupaciones de estadista, brindando y brindándose por entero a las exigencias de tan importante y responsable cargo.

Todo eso lo hizo el extinto Presidente, pero, además, supo arreglárselas para seguir siendo en las alturas, el hombre sencillo que, a pesar de las múltiples tareas, sigue dedicando el tiempo y cariño a su familia, que sabe deleitarse jugando con sus niños y adquiere y demuestra la tremenda valentía ante situaciones realmente comprometedoras en la defensa de los negros, que Dios creó igual que a los blancos, pero que muchos retrógrados aún quieren discriminar y desplazar.

Hace muy poco tiempo, en la Casa Blanca, mientras su Secretario le alcanzaba un importante decreto para que lo firmara, John Kennedy notó que algo raro sucedía debajo la mesa de su escritorio y, al observar, notó que el hijo de 3 años de Kennedy se entretenía jugando entre las piernas de su padre. Sencillo cuadro, pero muy elocuente. Era un padre sencillo dedicado a su familia, viviendo las alternativas de un hogar cristiano y practicando con todos lo que le rodeaban sus finas y profundas aptitudes cristianas.

John Kennedy, has muerto, pero has cumplido, has escrito páginas brillantes para la historia. Has abierto el sendero del camino luminoso y de paz. Mantenemos la esperanza de que quienes te han de suceder, sigan por el mismo sendero y siembren la esperanza de paz, para que quienes nos sucedan, gocen de la misma tranquilidad que tú nos has hecho sentir, ante tremendas amenazas de una tercera guerra mundial.

Señor Presidente: nos adherimos a todos los homenajes que disponga esta Corporación.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Barreto.

Sr. BARRETO. — Señor Presidente: quiero asociar mi voz al dolor colectivo que embarga a la humanidad por la desaparición de este gran ciudadano, de este gran luchador de la libertad política de su país, y lo quiero hacer por solidaridad con mi propia conciencia, por los principios que me animan, por mis actitudes asumidas en es-

te mismo recinto, en determinados momentos que no coincidíamos con actitudes de su propio gobierno.

Hace pocos días, incluso, señor Presidente, nosotros tuvimos que levantar nuestra voz de protesta por actitudes económicas, que no compartíamos del Gobierno que presidía este ilustre ciudadano, defensor de la libertad individual y levantamos nuestra voz de protesta, como hoy levantamos, emocionados, nuestra voz de angustia por lo ocurrido al mismo ciudadano.

En las coincidencias extraordinarias que teníamos con el formidable luchador americano, es que quiero afincar el homenaje que rindo y rendimos esta noche en la Junta Departamental.

Tenemos un sistema común de convivencia política; interpretábamos de la misma manera el sentimiento político de los pueblos, de la libertad política de los pueblos. Pero, señor Presidente, ello no nos exime, desde luego, de decir nuestras palabras de protesta por lo incongruente del sistema, en cuanto a la política económica.

Ahora, que se están buscando, en esta Sala, las razones que motivaron la desaparición física de este ilustre ciudadano, yo quisiera decir mi pensamiento en este instante; me siento obligado, precisado por las razones expuestas a manifestarlo con toda claridad: creo que el Presidente Kennedy ha caído víctima de esa incongruencia tremenda entre el sistema político y el económico; entre esto se debatió el propio Presidente Kennedy, aclarándole al mundo su posición personal. Kennedy vivía dos polos opuestos: el problema político, luchando por la libertad que atraía al hombre, luchando con la misma fe, con el mismo deseo fervoroso para todos los humildes del mundo, pero en lo económico, lamentablemente, siempre bajo la extraordinaria presión de fuerzas económicas que han avasallado la humanidad y que han hecho que nosotros, en esta misma Sala, levantáramos nuestra voz de protesta por circunstancias que motivaron esta misma situación.

De manera, señor Presidente, que —repito— me asocio fervorosamente al homenaje que estamos rindiendo al gran demócrata político, a la democracia política que practicaba el Presidente Kennedy; me asocio con fervor a este homenaje, porque ha caído un hombre que era una bandera de lucha y de esperanza para los irredentos del universo, pero mantengo en pie mis reservas, en cuanto a la situación económica que su propio Gobierno, a pesar de sus esfuerzos por demostrar lo contrario al mundo, ha seguido.

Nada más.

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Ubal.

Sr. UBAL. — Señor Presidente: nosotros, no en nombre de ningún sector, sino en nombre de los hombres libres del mundo, queremos homenajear hoy a este gran hombre, a este gran ciudadano desaparecido.

Señor Presidente: creo que John Kennedy fue un hombre que creyó en la igualdad del ser humano, un hombre que batalló, incansa-

blemente, para que esto fuera verdad, un hombre que mereció de todos los sistemas políticos del mundo su admiración y un postrero homenaje.

Ha caído, señor Presidente, un gran luchador de la paz en plena guerra; ha sido un soldado que ha caído en su bastión, defendiendo su posición inquebrantable de justicialismo universal.

Pero, señor Presidente, con Kennedy no sólo ha caído un incansable batallador de la paz, sino una esperanza del mundo libre. Nosotros creemos sinceramente, que el Presidente Kennedy no pudo nunca amparar los regímenes totalitarios, que se sufren en América y en el mundo. Creemos que él pensaba de otra manera y, sin embargo, vemos como hay pueblos sojuzgados por dictaduras, hombres y mujeres sufrientes, con hambre y niños en la indigencia.

Nosotros hemos aprendido desde la niñez a combatir los sistemas imperialistas, con todas nuestras fuerzas y lo hemos aprendido a combatir al lado de Luis Alberto de Herrera; nosotros hemos aprendido a ser anti-imperialistas y en esta noche, señor Presidente, levantamos nuestra voz ante lo acontecido a un hombre que, siendo Presidente de un imperialismo, de un país que es llamado la gran democracia del Norte, en el que hay hombres que son llevados a la presidencia por más de 35 millones de votantes, ha caído ante la mano homicida, no de un loco, sino de un desdichado, armado por perversas mentes, por malignas mentes, por mentes sojuzgadoras de la libertad del mundo, por mentes que están posibilitando la decadencia total del universo, por mentes, señor Presidente, carentes de toda cultura universal y, entonces, cuando vemos estas cosas, no podemos seguir creyendo mucho en la gran democracia del Norte, porque no vemos cómo puede ser democracia, o haber democracia en un lugar donde se mata a un hombre indefenso, donde se asesina a un hombre libre, que había sido llevado al cargo que ejercía por 35 millones de votos, también libres.

Señor Presidente: hemos combatido siempre al imperialismo y somos, desde luego, anti-imperialistas, pero no nos impide decir esta noche que lamentamos, profundamente, la desaparición de este hombre, formador de un hogar que causó la felicidad, quizás, del mundo entero.

John Kennedy ha caído, señor Presidente, defendiendo la posición universal de todos los hombres de buena voluntad que quieren la paz del mundo; defendiendo a los que hemos creído siempre, señor Presidente, en estos pueblos sub-desarrollados de Latino América y que seguimos postulando y golpeando ante quien sea y como sea.

Pero, señor Presidente, vimos a un hombre que ha entregado su vida en salvaguardia quizás, señor Presidente, y quizás es el porqué, el porqué nos preguntamos nosotros —y lo dijo muy bien el señor Edil Ottati Jorge con mucha verdad y razón—, ¿por qué mataron a Kennedy? ¿Quién puede saberlo? Algunos quizás pensamos por qué lo mataron, no podemos decir por qué pero sabemos sí, que ha caído este

hombre dando su vida como ejemplo del mundo y quizás guardando la vida de muchos millones de seres, que tal vez dentro de muy poco tiempo lleguen a desaparecer.

Nada más, señor Presidente.

Sr. MOLINARI. — ¿Me permite, señor Presidente?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Molinari.

Sr. MOLINARI. — Señor Presidente: siento el imperioso deber moral de sumar mi voz a la de los colegas que en la noche de hoy han condenado el lamentable, el incomprensible, el absurdo asesinato del Presidente de los Estados Unidos de Norte América, que abochorna al mundo civilizado.

En el conflicto dramático del mundo actual, en el que se entremezclan en incierta confusión los más altos intereses ideológicos y espirituales, con los más bajos y poderosos intereses materiales, la muerte de Kennedy reviste una trascendental importancia histórica. La bala asesina que ultimó su vida, no sólo tronchó, dolorosamente, la vida de un hombre, no sólo tronchó la vida del excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos de Norte América, sino que, esa bala, mató también una esperanza, a la que se aferraban con angustia y desesperación los sectores desheredados del mundo.

Kennedy era un pacifista, pero no era un hombre timorato; era un militante, un combatiente de la paz; y era un militante y un combatiente de la paz, porque la paz, para Kennedy, no era única y simplemente el silencio de los cañones; la paz, para Kennedy, era fundamentalmente, un problema de moral y de dignidad humanas. Tanto en el frente abierto dentro de su propia Nación, contra los poderosos intereses materiales y contra los anacrónicos sectores reaccionarios del racismo, como en el frente abierto hacia afuera, en defensa de la libertad y en procura del mejoramiento de los pueblos hasta ahora sufrientes de la humanidad, la paz para Kennedy era la condición imprescindible para que la potencialidad económica de Estados Unidos se pudiera poner al servicio de todos los estadounidenses así como del desarrollo económico y social —en una actitud solidarista que no tiene ningún ejemplo similar—, de los pueblos que necesitan esa solidaridad para salir del estado en que se encuentran.

Como integrante de un pueblo que esperaba que por fin los intereses económicos y comerciales de las grandes potencias no le impidieran a Latinoamérica romper las cadenas de su atraso, a fin de lograr los niveles de vida a que tiene derecho —disfrutando de lo que obtenga con su trabajo y de las ventajas y las conquistas del progreso técnico y científico— en igual forma que los ciudadanos de los países mejor dotados, siento esa muerte como la muerte de una ilusión; y, como ciudadano demócrata del Uruguay, comprendiendo el sentido íntimo de la paz a la que hacía alusión Kennedy, comprendiendo que luchaba para proyectar a Norte América hacia afuera, en una actitud ecuménicamente solidaria, —en una lucha muchas veces

estéril y muchas veces obstaculizada por poderosos intereses materiales, tanto internos como externos— para que los ciudadanos de todos los pueblos puedan vivir en condiciones de desarrollar sus aptitudes espirituales y materiales, erradicando el hambre, la ignorancia y las enfermedades, me asocio a este duelo y sólo puedo hacer votos para que la generosa semilla sembrada por Kennedy en su pueblo, que entre sus luces y sus sombras puede tener ahora la luminosa senda de su ejemplo, fructifique en una nueva y más justa democrática visión del mundo, fructifique en una proyección de potencialidad capaz de liquidar —de la misma manera que los pueblos materialmente poderosos del mundo libre van liquidando las diferencias de clases dentro de sus fronteras políticas— las diferencias que existen también entre las riquezas de un país y las pobrezas de otros; porque para el Presidente Kennedy la paz era la condición para que sin mengua de la libertad pudiese impulsar el desarrollo progresista de todos los hombres y de todos los pueblos.

Cuando formuló el programa que se conoce con el nombre de Alianza para el Progreso, dijo que los recursos que quería poner, de Norte América, al servicio de América Latina, de ninguna manera podrían servir para aumentar la potencialidad de los sectores que en los países subdesarrollados detentan los privilegios y detentan la riqueza. En su concepto esos recursos tenían que quedar al servicio de la redención de los sectores pobres y no de los grupos privilegiados y ricos.

Ese sentido de la paz del Presidente Kennedy es el que ha sufrido un rudo golpe, que esperamos no sea definitivo, en su concreción y desarrollo; y ese es —aparte de lo que esa muerte provoca como dolor humano— el íntimo sentido de la frustración y desesperanza que sienten los ciudadanos del mundo ante su injusta desaparición.

Esperemos, entonces, que esa luminosa senda que él ha abierto, pueda seguir siendo transitada sin tropiezos por el hermano pueblo del Norte que ha servido de pedestal tanto para su gloria como para su sacrificio.

Sr. PRESIDENTE. — No habiendo más oradores anotados, se va a dar lectura a diversas mociones presentadas.

(El señor Secretario General, lee:)

"Que el Cuerpo se ponga de pie, observando un minuto de silencio".

"Enviar a sus deudos el sentimiento de pésame de la Junta Departamental".

"Hacer llegar al pueblo estadounidense, por intermedio de su embajador en nuestro país la profunda solidaridad de condolencia de la Junta y del pueblo montevideano".

"Designar una calle, avenida, plaza o parque, con el nombre de John Kennedy".

"Enviar telegrama a las autoridades municipales de Washington".

Sr. PRATO. — ¿Me permite, señor Presidente, con respecta a una parte de las mociones?

Sr. PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor Edil Prato.

Sr. PRATO. — La moción original del señor Edil Rincón se refería a remitir las palabras o condolencias al Gobierno Comunal de Washington. Me parece inadecuado. El Gobierno de Washington tiene características muy especiales en los Estados Unidos y en el mundo entero. De manera que no tendría mucho sentido el envío de una comunicación a un Gobierno Comunal que es un Gobierno Administrador sin ninguna trascendencia política, salvo la de ser formado exclusivamente por representantes del Gobierno Federal.

Por eso me parece que es más útil enviarle las condolencias al Embajador.

(Apoyados.)

Sr. PRESIDENTE. — Se van a votar las mociones presentadas, con la excepción hecha por el señor Edil Prato.

Los señores Ediles que estén por la afirmativa, sírvanse indicarlo.

(Se vota afirmativamente por unanimidad: 36 votos.)

La Mesa invita a los señores Ediles a ponerse de pie.

(Así se efectúa.)

Se dictó la

RESOLUCION Nº 458. — "Dispónese la realización de los siguientes " homenajes con motivo del asesinato del Presidente de los Es- " tados Unidos de Norte América, John F. Kennedy:

" a) que el Cuerpo se ponga de pie y guarde un minuto de " silencio.

" b) Enviar a sus deudos el sentimiento de pésame de la Junta.

" c) Hacer llegar al pueblo estadounidense, por intermedio de " su Embajador en nuestro país, la profunda solidaridad de " condolencia de la Junta y del pueblo montevideano.

" d) Enviar a dicha Embajada la versión de la sesión realizada.

" e) Solicitar al Concejo Departamental la designación de una " vía o espacio público, con el nombre de John F. Kennedy."

Sr. PRESIDENTE. — Queda levantada la sesión.
(Es la hora 22 y 10 minutos).

LUIS E. MACHADO
Presidente

A. Lamboglia de las Carreras
Secretario General

Federico L. Cháter
Secretario

Imp. "Rosgal"